



Mundo Diversión

Entusiasmada, Silvia cruzó el torno de entrada al recinto sabiendo que le esperaba una jornada laboral inusualmente divertida. Al fin y al cabo, trabajar de becaria para un periódico local tenía ciertas ventajas, como que ningún periodista veterano dejaba la comodidad de su despacho para realizar un reportaje fotográfico en un parque de atracciones. Así que ahí estaba ella, prevista de cámara digital, mapa del lugar y una ilusión casi adolescente por disfrutar de un día primaveral en aquel oasis de entretenimiento.

Nada más entrar en *Mundo Diversión*, la atención del visitante la acaparaba un gran teleférico que recorría todo el parque desde las alturas y prometía proporcionar unas vistas extraordinarias. Después, entre multitud de árboles despuntaban una enorme noria y vertiginosas montañas rusas, gigantes de acero cuyas increíbles pendientes y espirales desafiaban el concepto de gravedad.

Silvia no se dio cuenta de que había sido fotografiada hasta que le dieron el resguardo con el que recoger su instantánea a la salida. Caminó maravillada por la amplia avenida principal, entre el rugido de los carros deslizándose por las vías de las atracciones y el griterío de sus pasajeros. La joven advirtió que se abrían diversos caminos para las distintas zonas temáticas, por lo que decidió que si no quería perderse nada que fotografiar, debería planificar un itinerario. Localizó un oportuno banco de madera, que aún ocupado por un matrimonio mayor, disponía de amplio espacio libre, por lo que se sentó y desplegó el mapa del parque para consultarlo.

Enseguida un extraño escalofrío provocó que observara de reojo a sus dos compañeros de banco. Tanto el hombre como la mujer rondaban la edad de la jubilación, si bien a Silvia le

pareció que sus rostros estaban excesivamente demacrados y arrugados. La ropa de ambos, desaliñada, parecía recién salida de un centrifugado, y entre la pareja reinaba un absoluto silencio. Se limitaban a contemplar ensimismados el gran lago artificial. ¿Qué interés podía despertarles aquella masa de agua? ¿Acaso no era demasiado exagerado que ya estuvieran cogiendo sitio para el espectáculo nocturno de proyecciones láser y fuegos artificiales?

La pareja no se inmutó cuando la chica abandonó el banco, ni ella tampoco reparó en que los dos mayores se cogían cariñosamente de la mano. Unas manos de uñas arrancadas y dedos destrozados.

Silvia optó por ir alternando emociones fuertes con otras más tranquilas. Igual fotografiaba mamuts y dinosaurios en el plácido recorrido en barca por la Prehistoria, que sacaba unas impactantes imágenes del Galeón Pirata balanceándose hasta casi dar la vuelta con sus pasajeros gritando y levantando los brazos. Visitó el laberinto interior de la Pirámide de Keops, entró en la Casa Magnética, y se divirtió en los coches de choque a pesar de que un grupo de imberbes la tomaron con ella. Afortunadamente, al ir sola, no había nadie que le obligase a subir a las atracciones más arriesgadas, por lo que retrató las montañas rusas y sus imposibles nudos de vías desde tierra firme, sin necesidad de tentar la integridad de su contenido gástrico. Tras fotografiar también tiendas y restaurantes, estaba considerando tomar algo en los merenderos del área de descanso, cuando vio pasar a la niña.

La pequeña, de no más de siete u ocho años, tenía tanto su vestido verde claro como su cabello moreno empapados, dando la sensación de haber salido de alguna de las atracciones acuáticas. Silvia la observó caminar desorientada entre la gente, sin la compañía de ningún adulto y con la mirada perdida. La pequeña se detuvo a contemplar el puesto de algodones de azúcar, manzanas de caramelo y peluches gigantes.

—¿Te has perdido, bonita? —le preguntó Silvia acercándose a ella.

La niña se asustó. Su infantil y lívido rostro mostraba sorpresa porque aquella chica le hablase directamente.

–¿No están tus padres contigo? –quiso saber Silvia intentando parecer amable.

Los ojos de la pequeña, de un verde más intenso que su descolorido vestido, reflejaron una gran angustia. La niña levantó la mano derecha para señalar con el índice hacia arriba. Silvia miró en esa dirección, y aunque en un principio dudó si se refería al cielo, no tardó en comprender que la niña apuntaba al teleférico.

Cuando se volvió, la enigmática pequeña había desaparecido entre la muchedumbre que abarrotaba el bulevar. La buscó durante unos minutos sin encontrar rastro de ella. Preocupada, le comunicó a uno de los uniformados empleados del parque que había una niña perdida, y éste le remitió a que expusiera el caso en la oficina de atención al cliente. Allí, una oronda mujer anunció por megafonía la descripción de la niña extraviada, rogando sin mucho entusiasmo que tanto sus familiares como cualquiera que la localizase acudieran con ella al punto de encuentro.

Silvia consideró que poco más podía hacer por la pequeña, y entonces decidió que era un buen momento para superar su vértigo y subir al teleférico. Primero, porque desde allí obtendría las mejores fotos del día; y segundo, porque teleférico y niña parecían estar relacionados, si bien no entendía por qué. Mientras aguardaba en la cola, los carteles de la estación informaban de que el viaje era para todos los públicos, con un recorrido de quince minutos de duración a una altura media de 55 metros. Las cabinas, rojas y con amplias cristaleras para permitir admirar el paisaje, tenían capacidad para seis personas; por lo que en cuanto Silvia confirmó a la chica que organizaba el embarque que iba sola, ésta le indicó que subiera con una pareja de enamorados y dos jóvenes quinceañeros. Los viajeros ocuparon los asientos rehuýéndose con la mirada, como desconocidos en un ascensor que saben que van a compartir espacio durante el trayecto. La operaria del parque cerró la puerta dejándoles en

silencio, con el único sonido del cable tractor que comenzaba a mover el vehículo. A continuación, la cabina abandonó la estación suspendida en el vacío.

En el relajado paseo aéreo, Silvia buscaba con su cámara los encuadres idóneos que le ofrecían las alturas. De repente, el corazón le dio un vuelco cuando advirtió la presencia del hombre: un señor delgado, con camisa y pantalones mojados, que permanecía sentado en el otro extremo de la cabina en actitud de aburrido viajero de metro. Aquel individuo, que desde luego no había embarcado con ellos, tenía la cara hinchada y se masajeaba su despeinado y escaso pelo dejando entrever la brecha que le atravesaba la sien derecha. Cuando sus miradas se cruzaron, el melancólico rostro del hombre se iluminó, sorprendido al saber que la chica le veía. Inquieto, se puso en pie, y con los ojos desorbitados y paso torpe atravesó la cabina hacia ella. Los chicos y la pareja, que estaban pendientes de las vistas exteriores, se alarmaron en el momento en que Silvia empezó a gritar. Vieron cómo la chica temblaba mirando al vacío, pero no vieron al hombre que se acercaba a ella para agarrarle por los hombros y zarandearla.

Fue el gélido contacto con aquel aparecido de carne y hueso lo que provocó que Silvia se transportara tiempo atrás. Se encontró dentro de otra cabina de teleférico, mucho más nueva y con unos acompañantes distintos pero no desconocidos: la pareja de jubilados se agarraban de la mano como si estar subidos en un teleférico fuera lo más arriesgado que hubieran hecho en meses, mientras que el hombre delgado y su hija disfrutaban identificando con el dedo cada atracción que reconocían abajo. Distinguieron además las espectaculares carrozas y personajes animados de una cabalgata que desfilaba por la avenida principal captando la atención de prácticamente todos los visitantes del parque.

Silvia sabía que no la veían. Iba a ser una simple espectadora de la terrible tragedia.

La primera sacudida brusca les sobresaltó. La cabina se tambaleó peligrosamente mientras la angustiada pareja de jubilados se aferraba a los asientos en busca de una

estabilidad artificial. La niña se acurrucó en el regazo de su padre, que intentaba tranquilizarla asegurando que no se preocupara, que no pasaba nada. Una segunda sacudida le llevó la contraria y desató el pánico de los viajeros. Algo crujió en el techo, el cable se desgarró y la cabina se descolgó precipitándose al vacío. En su caída libre, el vehículo volcó y los cuatro cuerpos entrechocaron golpeándose después contra los cristales. En un intento de mantener agarrada a su hija, la cabeza del hombre colisionó con la barra metálica central, que hizo crujir su cráneo. El vertiginoso descenso terminó cuando la cabina se estrelló brutalmente contra el agua. Los angustiados viajeros pensaron que habían muerto, pero aún les esperaba la agonía final.

La cabina fue engullida rápidamente por las turbias aguas del lago sin darles apenas tiempo a reaccionar. Silvia contempló cómo mientras se hundían, la mujer chillaba de desesperación y su marido trataba inútilmente de abrir la puerta, bloqueada ya por la presión exterior del agua. Unos eternos segundos después, un sonido metálico les hizo saber que habían tocado fondo, y el tenso silencio inicial dio paso a los lamentos. La niña se arrodilló llorando al ver a su padre sin conocimiento y con la cabeza chorreando sangre. Los mayores intentaron calmarse, tratando de convencerse de que al menos se encontraban en un compartimento cerrado y alguien tenía que haberlos visto. Quizá en la superficie estuvieran ya los curiosos agolpados y los equipos de rescate en camino.

Pero nadie les vio. Hasta mucho más tarde los operarios no se darían cuenta del fatal accidente, y para entonces, ya no tendría solución.

La esperanza de los pasajeros se hizo pedazos cuando una de las cristaleras cedió ante la presión externa y se resquebrajó, permitiendo que un brutal chorro de agua empezara a inundar rápidamente la cabina. Emitieron unos chillidos desgarradores al ser conscientes de que morirían en aquel ataúd de agua. Boquearon intentando consumir el oxígeno que se agotaba y se destrozaron las manos arañando y golpeando inútilmente los cristales con la

fuerza que proporcionaba el instinto de supervivencia. Hasta que el agua no invadió sus gargantas, no cesaron sus espantosos alaridos. Mientras en la superficie la gente se divertía con las atracciones y el desfile al aire libre, en la soledad de quince metros de profundidad, los cuatro se ahogaron. Unos coloridos peces exóticos se acercaron a los cristales para curiosear los cuatro cadáveres humanos que flotaban en el interior de la gran pecera roja.

La aterradora experiencia había sido tan cruda y real, que cuando Silvia recobró el conocimiento creyó que sus pulmones también se habían inundado. Tosió y se encontró tumbada en el suelo de la estación final del funicular, rodeada de curiosos que se arremolinaban sorprendidos por tal ataque de histeria. Dos agentes de seguridad intentaban calmarla, y en cuanto sus temblorosas piernas le permitieron ponerse en pie, la trasladaron con rapidez y discreción a un lugar más tranquilo, mientras ella les explicaba nerviosa un suceso de muertos aparecidos y accidentes de teleférico.

Minutos después, Silvia ya era capaz de sujetar el vaso de agua que le ofrecieron para tranquilizarse. Podía oír sin embargo cómo los dos agentes de seguridad aprovechaban la distancia de la máquina del café para burlarse de su historia. *Fantasmas en el parque. ¿Y esos pagan entrada? Tendrán descuentos por sucesos paranormales. Sí, para “anormales”.*

La burla se interrumpió cuando se personó en la sala el director del parque. A los dos guardas les sorprendió que el jefe se tomase la molestia de encargarse en persona del asunto. El caballero, impecablemente trajeado, le estrechó la mano a la joven y le pidió que le acompañase a su despacho, una lujosa estancia de amplios ventanales con vistas a las colosales letras que formaban el nombre de *Mundo Diversión*. Ofreció asiento a la chica y se interesó en saber con detalles lo sucedido. Alterada, pero agradecida por al menos ser escuchada, Silvia relató todo con la claridad que su nerviosismo le permitió.

–Tiene que creerme –suplicó–. Su muerte fue violenta y por eso creo que siguen aquí... Mojados, desorientados...

El directivo se mantuvo en silencio. Tecleó su ordenador personal. Buscó entre las miles de fotografías almacenadas las dos que deseaba y giró el monitor hacia Silvia.

–¿Les reconoce?

Silvia enmudeció al ver las instantáneas. En una, la pareja de jubilados se mostraban sorprendidos por ser fotografiados a la entrada del recinto. En la otra, padre e hija posaban sonrientes con la compañía del Oso Diversión, la mascota del parque.

–¿Son ellos?

Silvia asintió, impresionada por lo *vivos* que se les veía antes de su desgraciado final.

–¿A qué se dedica usted, señorita? –interrumpió el hombre sus pensamientos.

–Trabajo para la Gaceta Local –contestó la chica sin lograr ver qué relación podía tener su profesión con el asunto que trataban–. Soy periodista.

La palabra periodista asestó un puñetazo en el estómago del directivo.

–Dígame que es real. –Silvia necesitaba verificar su historia por el bien de su salud mental–. Murieron en un accidente, ¿verdad?

–¿Qué pretende? –evitó el hombre la respuesta. Su tono pasó de cortés a cortante–. ¿Sabe alguien más lo que me está contando?

–No le entiendo. Yo les he visto. No sé si alguien más, creo que no, que soy la única que puede verlos...–Silvia se interrumpió. Algún rincón de su mente disparó las alarmas y recordó unas sabias palabras de su abuela: *¿Miedo a los muertos? ¡A los muertos no se les tiene miedo! ¡Es a los vivos a los que hay que tenérselo!*

El directivo no creía la estúpida historia de fantasmas, pero estaba claro que la entrometida que tenía enfrente sabía lo del accidente. En aquella ocasión, no consintieron que un mortal fallo de seguridad pudiese dañar gravemente la imagen del parque. No era un negocio cualquiera que pudiera permitirse quebrar, estaban en juego inversiones enormes, de millones de euros. Así que aquel fatídico día tuvo que actuar con impecable discreción,

tomar decisiones difíciles con mano firme y sellar varias bocas con sobornos y amenazas. Mantuvieron la sangre fría durante toda la jornada; y una vez cerradas las puertas del parque, la cabina y los cuatro cuerpos fueron rescatados, como diría un juez, con nocturnidad y alevosía. Hicieron desaparecer todo y el suceso quedó enterrado de forma que jamás saldría a la luz pública. Hasta ahora. Porque tenía enfrente a una niña periodista de la cual dudaba si era demasiado lista o demasiado ingenua como para pensar que podía sentarse allí, decir que lo sabía todo y pretender que no pasase nada.

Cuando el hombre le confiscó el móvil y su cámara de fotos, Silvia comprendió que estaba en peligro. Se levantó y retrocedió para huir del despacho, temiendo que en cualquier momento aquel lobo con traje y corbata se abalanzara sobre ella para impedirle. No fue así porque la dejó marchar, pero enseguida todos los agentes de seguridad tuvieron la orden de retener a la chica e impedir a toda costa que abandonase el parque de atracciones.

Silvia sabía que tenía que dirigirse urgentemente a la salida, si bien se encontraba en el extremo opuesto del parque. Pudo confirmar en su precipitada huída, que entre el gentío que recorría las calles, dos tipos la seguían desde una distancia prudente. No les creía capaz de detenerla delante de tantos testigos, aunque valoró también que entre unos agentes de seguridad y una histérica chillando *¡Socorro! ¡Me quieren matar!* posiblemente la credibilidad se la llevasen ellos. Descubrió a un tercer individuo, que doscientos metros adelante esperaba apoyado en una máquina de refrescos para interponerse en su camino.

La chica les dio esquinazo escabulléndose entre unas casetas de juegos de tiro, y atravesó corriendo un jardín posterior, para encontrarse de frente con La Mansión de los Horrores. Su fachada, un *guernica* del horror formado por cruentas imágenes de criaturas diabólicas y miembros amputados, le ofrecía un refugio momentáneo. Angustiada, Silvia se camufló entre las personas que guardaban cola para subir a los coches-calavera. Llegaron gritos divertidos desde la terraza del piso superior, por la cual circulaba parte del carril al

descubierto y donde los viajeros solían aprovechar para demostrar con risas bulliciosas que todo iba bien antes de adentrarse en la segunda parte del recorrido. Cuando llegó su turno, Silvia se agazapó en el acolchado asiento que tapizaba las cuencas de los ojos de calavera y se ajustó la simbólica barra de seguridad. Se le hizo eterna la espera hasta que al fin las ruedas comenzaron a deslizarse por los raíles. La prominente y huesuda mandíbula de la calavera golpeó las dos hojas de la puerta de entrada y el coche se adentró en la oscuridad.

Las pupilas de Silvia se dilataron para adaptarse a la penumbra del recorrido. Tras un angosto pasadizo en forma de cueva se abría un cementerio donde una espesa niebla dejaba entrever multitud de cruces y lápidas, entre las cuales se levantaban unos chirriantes zombis que parecían querer agarrar al pasajero. Los aullidos, portazos y ruidos de cadenas que ambientaban todo el itinerario no sirvieron para calmar la tensión de Silvia. Atravesó un huerto donde un sádico agricultor, con segadora en la mano, recolectaba cabezas cortadas; el corazón le dio un vuelco cuando del techo bajó un vampiro para revolotear sobre su cabeza, y sintió náuseas cuando cruzó un espantoso quirófano donde un cirujano loco descargaba una sierra sobre de un enfermo que pataleaba bajo una sábana salpicada de sangre.

Pero eso no fue lo más terrorífico. Llegado el momento en que el coche-calavera salió al aire libre por el balcón superior de la atracción, a Silvia se le heló la sangre al ver a los cuatro muertos observándola desde abajo. Atraídos por lo que iba a suceder, la cadavérica pareja de jubilados había abandonado su banco para reunirse con el hombre del cráneo roto y su hija frente a La Mansión de los Horrores. Sus miradas, impotentes, reflejaban una terrible premonición, y Silvia comprendió que intentaban avisarla. El responsable del parque y la jauría que tenía a su mando la habían localizado.

Una vez se adentró de nuevo en la oscuridad, la chica obvió el consabido *Prohibido levantarse ni sacar las manos* y decidió saltar del coche-calavera, que desapareció siguiendo su recorrido. Caminó varios metros palpando las paredes de aquel laberinto buscando quizá

alguna salida trasera de emergencia. Una tenue iluminación guió sus pasos hasta el siguiente escenario: una húmeda mazmorra donde la figura de un monje encapuchado vigilaba a los torturados, desgraciados con la espalda arrancada a latigazos, o atados a una infernal máquina medieval que les estiraba de pies y manos hasta desencajarles las articulaciones. Silvia no se dejó impresionar por tan espeluznante espectáculo, y pisando la barrera de charcos de agua estancada que separaban el escenario de los raíles, se adentró entre las macabras figuras buscando al fondo una posible puerta. Y la encontró. Revestida de telarañas para no desentonar con el decorado, pero con un tirador que no opuso resistencia. Sin embargo, su alegría se esfumó cuando al abrirla, en lugar de con el exterior se encontró con un panel de gruesos cables, interruptores y circuitos eléctricos.

Notó una presencia a sus espaldas y apenas tuvo tiempo de distinguir de reojo una figura trajeada antes de electrocutarse. El director del parque le dio un certero empujón, y los pies mojados de la chica y el contacto con la electricidad hicieron el resto. Miles de voltios recorrieron y sacudieron el cuerpo de Silvia, consciente hasta el último momento de que era su cuerpo el que desprendía el olor a carne quemada. Terminó desplomándose, retorcida, a los pies del directivo, que tuvo que recordarse que no podía permitirse tener escrúpulos cuando se trataba de proteger su libertad y el capital creado.

En el exterior, a nadie le extrañó que el coche-calavera saliera vacío. Nadie echó de menos a Silvia porque nadie la esperaba.

Al caer la noche, focos, luces y neones iluminaron de forma espectacular todos los rincones y atracciones de *Mundo Diversión*. Asomada al balcón de La Mansión de los Horrores, Silvia contempló los fuegos artificiales que vestían aquel cielo despejado. La brisa nocturna acarició su quemado rostro, y sus brazos llenos de ampollas cubrieron su ropa calcinada y su abrasado cuerpo, como si aún pudiese sentir frío.